

INTRODUCCIÓN

Con los estudios de antropología entendí acerca de la diversidad humana, de las diferentes cosmogonías y la identidad de los pueblos; sus dinámicas, los cambios y adaptaciones. Las concepciones del cuerpo de acuerdo a las culturas y la variabilidad de géneros. El transgenerismo y la transexualidad como parte de ese mundo de las transformaciones, han ido de la mano de la historia de la humanidad desde siempre. Interesante es observar por qué el transgenerismo es para una cultura patológico y para otra natural y necesario.

Mi educación, mi socialización y las particularidades de mi ser, tejieron el contexto donde se desarrolló mi persona, perteneciente a una época en el que el colectivo venezolano en general, percibía a la transexualidad como algo incomprendido y pernicioso. Quizás, porque la sociedad recién salía de un régimen dictatorial liderada por el general Marcos Pérez Jiménez (mandato 1952-1958). Sabemos qué ocurre durante las dictaduras con el colectivo LGTB, donde se adoctrina al pueblo a percibirlos como una forma de vida contra natura pecaminosa. Esas fueron las formas de pensamiento con las que mis padres fundaron a su familia; debieron caer en una profunda contradicción al tener que decidir si se regían por las normas de su época o por las querencias del corazón cuando comencé a manifestar mi transexualidad.

En el momento que comencé la universidad en la década de los 80, Venezuela tenía un sistema democrático en bonanza con los beneficios de la economía petrolera. Las formas de consciencia del pueblo y de las instituciones iban cambiando respecto al colectivo LGTB que estaba en la palestra de la opinión pública, donde se discutía desde diferentes ámbitos a nivel internacional, si la diversidad de la sexualidad y del género son patologías mentales como lo rubricaba el manual de enfermedades por el que se regía la OMS (Organización Mundial de la Salud).

Los estudios sociales, psicológicos, médicos y el activismo LGTB dentro del marco de los derechos humanos, entre otros, aportaron suficientes argumentos para desmontar la normativa ortodoxa que fomentaba que los hombres son los que tienen pene y las mujeres vulva, dando puntos a favor al transgenerismo y sus diferentes formas de manifestación. Se deconstruye así el argumento extremista de la naturaleza humana presa de un binomio dicotómico: o eres masculino o eres femenino. Si no cumples la fórmula, tu sexualidad y tu identidad de género es anormal. Solamente es natural y “normal” la heterosexualidad y matrimonio entre un hombre y una mujer para el desarrollo “sano” de una sociedad.

La transexualidad una vez expuesta a la luz del entendimiento científico, pasó por un arduo proceso de calificaciones y evaluaciones psiquiátricas hasta destilar como el diagnóstico llamado Disforia de Género. “...Que involucra un malestar significativo asociado a una discordancia entre la identidad de género y el sexo físico asignado al nacer, con el que las personas afectadas no se identifican como propio.” En la actualidad la OMS “...aclara que la disconformidad de género no constituye enfermedad mental en sí misma, sino que el elemento crítico de la disforia de género es la presencia de malestar clínicamente significativo asociado a la condición de género.”

(Wikipedia https://es.wikipedia.org/wiki/Disforia_de_género)

En mi particular historia, viví una Disforia de Género manifiesta desde muy temprana edad, ocasionando severos conflictos con mi familia que no entendía qué me estaba sucediendo. Debía luchar día a día para mantenerme ecuánime, en una cotidianidad hiriente en la que tenía que fingir comportándome como una niña. Y aun teniendo mis genitales femeninos e interpretando con mi consciencia infantil que eso era una gran verdad, yo sentía con honestidad que era un niño, que el sexo que tenía no me correspondía. Había una semilla poderosa con una fuerza masculina brutal creciendo inexorablemente dentro de mí. Trascender tal contradicción llevó un profundo proceso de transformación de mi ser en el que mi inconsciente emitía señales inequívocas de cuál era el sendero por el que debía seguir, para mantenerme íntegro en la esencia de mi ser.

Era a través de los sueños que podía ver los mensajes de mi alma, me llegaba una sabiduría, a veces sin lenguaje. Era una dimensión donde resolvía los problemas de las contradicciones de la sociedad y de mi persona. Los sueños de mi niñez que considero tenían que ver con mi transexualidad, permanecieron en mi memoria con claridad. Una vez que comencé los estudios en la escuela de antropología y conocer la psicología de Carl Jung, me entusiasmé a hacer un esquema de los sueños rescatando el contexto social del momento relacionados con ellos. Pero no fue fácil, pues había eventos que decidí mantenerlos en una “habitación del olvido”. Estaba dispuesto a abrir esas puertas herméticas y sacar a la luz los ángeles y demonios que tenían que decir algo de mí. Mucho me ayudó practicar la “recapitulación” de la vida que predica “Las enseñanzas de don Juan” escritas por el antropólogo Carlos Castaneda y el psicoanálisis lacaniano comprometido, que pude trabajar en sesiones durante casi una década.

Me ha llevado completar esta obra cerca de cuarenta años, porque el proceso del conocimiento de mí mismo se ha destilado en lenta llama sin prisa, pero sin pausa. Mi autobiografía es el diario de campo que he escrito en soledad buscando entendimiento, así que he decidido organizar mis reflexiones en dos partes, exponiéndolos con una mirada antropológica.

No pretendo establecer una generalidad en la definición de la transexualidad, todo lo contrario, cada transexual y transgénero debe ser entendido, como cualquier persona, dentro de las particularidades de su ser.

Siempre insistieron mis profesores cuando estudié antropología, que debía esforzarme por presentar una investigación novedosa, que aportara algo al proceso de conocimiento de la humanidad. Me pareció importante destacar los símbolos de transformación onírica que tuve durante el proceso de mi transexualidad y presentarlo como una historia de vida. He aquí mi aporte.